

La fiesta de los monstruos, la lección del santo

Por Andrés Kalawski Isla

Para comprender *Frikchou*, de *La Patogallina*, hay que viajar al siglo XIII, a Francia. Una vez allá, usted puede entrar a una iglesia el domingo de Resurrección y constatar que, en medio de una hermosa y solemne representación de la visita de las Tres Marías al sepulcro vacío de Jesucristo, está intercalada una escena en la que un boticario golpea a su ayudante y lo cubre de groserías. O si quiere, ya que está en Europa y en el siglo XIII, vaya a lo que hoy es España y vea cómo, el día de los inocentes, un hombre al que llaman *obispillo*, entra en la catedral, para regocijo de toda la comunidad, haciendo bromas groseras sobre las autoridades, mientras un asistente quema un poco de estiércol en vez de incienso. Vea cómo al cura le duele la guata de tanto reírse.

El día de fiesta supone la inversión de los valores serios, la celebración de lo bajo, lo humilde, lo tonto y lo pequeño para sentir que ahí está la vida. El espíritu festivo y carnavalesco que corrió a la par de la solemnidad y la devoción en la Edad Media es el origen de los tristes espectáculos que conocemos como *freakshows*. Se exhibían sirenas, unicornios, cinocéfalos¹, dragones, hombres peludos de los bosques², gigantes, enanos, sciápodos³ y un largo etcétera. Claro que, en esa época, las ferias humanas y los libros de maravillas, como el de Marco Polo, estaban teñidos del gozo y el asombro ante la creación, del que el miedo era apenas una parte.

Pero vino después la revolución industrial, se acabó la artesanía y se instaló la producción en serie. El hombre fue para el trabajo y no al revés. Y ya se sabe, hospitales, cárceles y manicomios se convirtieron en fábricas de uniformar más que en espacios de rehabilitación. Y nuestros niños empezaron a entrar en un sistema escolar que busca docilidad y se goza en que nadie se distinga. El capitalismo salvaje nos convirtió en *normópatas*, iguales y aislados al mismo tiempo, aterrados ante la diversidad, para ofrecernos el consumo compulsivo como única vía de diferenciación.

Los *freakshows*, o espectáculos de fenómenos, ya no tienen la celebración de la maravilla de las antiguas ferias, fueron adoptados por la arrogancia y el terror. Arrogancia colonial de creernos normales, la medida de todas las cosas, frente a lo cual todo lo demás es raro. Terror de todo lo que no podemos clasificar y que sólo podemos encerrar y ridiculizar. ¿Se acuerda de *El planeta de los simios*? ¿Y de *King Kong*? Sí, a fuerza de humillar a otros, un día seremos humillados.

Pero, por mientras, los anormales quedan expulsados de la comunidad que los desprecia. Relegados al ridículo, los "monstruos" no sólo son empujados al margen social, sino que se los expulsa de las representaciones con la excusa de la belleza. ¿Cuánta gente sin dientes protagoniza teleseries, cuántos lectores de noticias tienen tres dedos en una mano?

Para reincorporar a los que habitan los márgenes, los fiesteros del teatro se detienen a estudiarlos, con amor, con cuidado. Y para que el espectáculo quede bien hecho, por la vía de prestarles la misma atención que a Lear o Clitemnestra (bien monstruosos ellos también), los marginales se vuelven bellos.

Son estos anormales que de noche pueden salir sin vergüenza de sus defectos, los que vienen a mostrarnos nuestra propia anormalidad, ese muñón, ese tumor que ya no vemos a fuerza de costumbre. San Alberto Hurtado decía que, si no podemos reparar toda la injusticia del mundo, al menos deberíamos escandalizarnos, no dejar que nos pareciera normal. Eso es justamente lo que

¹ Hombres con cabeza de perro.

² Orangutanes

³ Hombres con un solo y enorme pie, que usaban como sombrilla

nos están invitando a hacer. No ver como normal el endeudamiento de la clase media, la crueldad de la ciencia, la violencia al interior de la familia y en la sala de clases.

Pero tranquilos, nadie se alarme, el ruedo de la pista del circo sirve para que los animales, al girar, pierdan la idea del límite, sientan que tienen un espacio infinito y no se rebelen, no traten de huir. Estos monstruos que somos nosotros están encerrados en la pista del circo, entrenados para no hacernos daño, dejar que los miremos y, mientras nos reímos, aprendamos algo.